

su aliento. ¿Ni qué necesidad tenía de buscar en extraños países fingidos héroes, el pueblo, cuyos anales enriquecían los nombres de Bernardo del Carpio y del Cid, con las maravillosas proezas de Fernán González, y las interesantes aventuras de los Infantes de Lara?... El insistir en este punto, sobre ofender el buen sentido de los lectores, daría demasiada importancia á una opinión, hija más bien del compromiso en que se puso Fauriel, al proclamar la influencia omnívota de los provenzales sobre todas las poesías modernas, que de profundo y sazonado estudio. Las formas exteriores de los *romances* tienen en el suelo español y dentro de la sociedad cristiana legítimas fuentes; y nadie habrá que reconocidos los títulos, en que esa legitimidad se funda, pueda negarles la originalidad que, hablando siempre en el sentido tradicional, los distingue y avalora.

V.

Acabamos de examinar bajo sus relaciones históricas, filosóficas y artísticas esta importante cuestión, que ofrece tanto más vivo interés, cuanto mayor ha sido la facilidad con que se han admitido los errores, cundiendo de un modo inexplicable aun entre los críticos de más justa nombradía, y es más decidido aun el empeño de hacer la civilización española en todos conceptos derivada é hija de sus hermanas, las demás civilizaciones meridionales. En la cuestión histórica hemos probado con auténticos é irrefragables testimonios que la poesía castellana puede rivalizar, cuando menos, en antigüedad con la poesía de los trovadores: en la filosófica, que siendo absolutamente diversos los fundamentos de una y otra literatura, no fué humanamente posible que la provenzal diese nacimiento á la castellana: en la artística no puede quedar ningún género de duda de que, aun reconocida la misma identidad de orígenes en la literatura latino-eclésiástica, son de todo punto distintos los medios de expresión, de que una y otra poesía se valen, conforme á sus fines particulares y á la índole especial de cada una de ellas, durante los siglos XII y XIII.

Si, pues, en ninguno de estos terrenos puede sustentarse con esperanza de buen éxito la opinión que combatimos, ¿en qué clase

de hechos podríamos fundarnos para resolver, sin escrúpulo alguno, que debemos á los trovadores provenzales el precioso don de nuestra poesía?... ¿Por qué el injustificable empeño de hacer pedisécuo y tributario desde su cuna un arte, que nace al grito de libertad é independencia, para santificar á un tiempo el triunfo de la religión y de la patria?... La causa de semejantes contradicciones (sentiríamos equivocarnos) reconoce tres distintas fuentes, á saber: primera, el exclusivismo é intolerancia de las escuelas literarias: segunda, la excesiva autoridad que ciertos nombres han ejercido en el campo de la crítica, siendo hasta nuestros días verdadera rémora de todo estudio, capaz de menoscabar su absoluto imperio; y tercera, ya en la edad presente el anhelo de singularizarse en el cultivo de la crítica, descubriendo nuevas sendas á la investigación, ó cediendo más de lo justo al impulso de un exajerado patriotismo.

Quede, pues, asentado en vista de cuanto la filosofía y la historia nos enseñan, que la poesía que lleva el nombre de castellana, no reconoce ni en el fondo ni en las formas la influencia provenzal, hasta el memorable reinado de don Alfonso el Sabio; época en que le era dado aspirar á la posesión de extrañas preseas, enriquecida ya por todas partes nuestra cultura con muy peregrinos tesoros.

Pero el exámen y apreciación de todas estas conquistas, entre las cuales habrá de contarse también la de la metrificación provenzal, materia es ya de otro linaje de investigaciones, más propias del siguiente volumen. No dejaremos sin embargo la pluma, sin consignar que de las hechas hasta ahora, no sólo se deduce la legitimidad de los elementos que constituyen la primitiva poética castellana, así interior como exteriormente, sino también la injusticia con que se ha procedido, al hacerla en todas sus edades derivada y tornadiza.